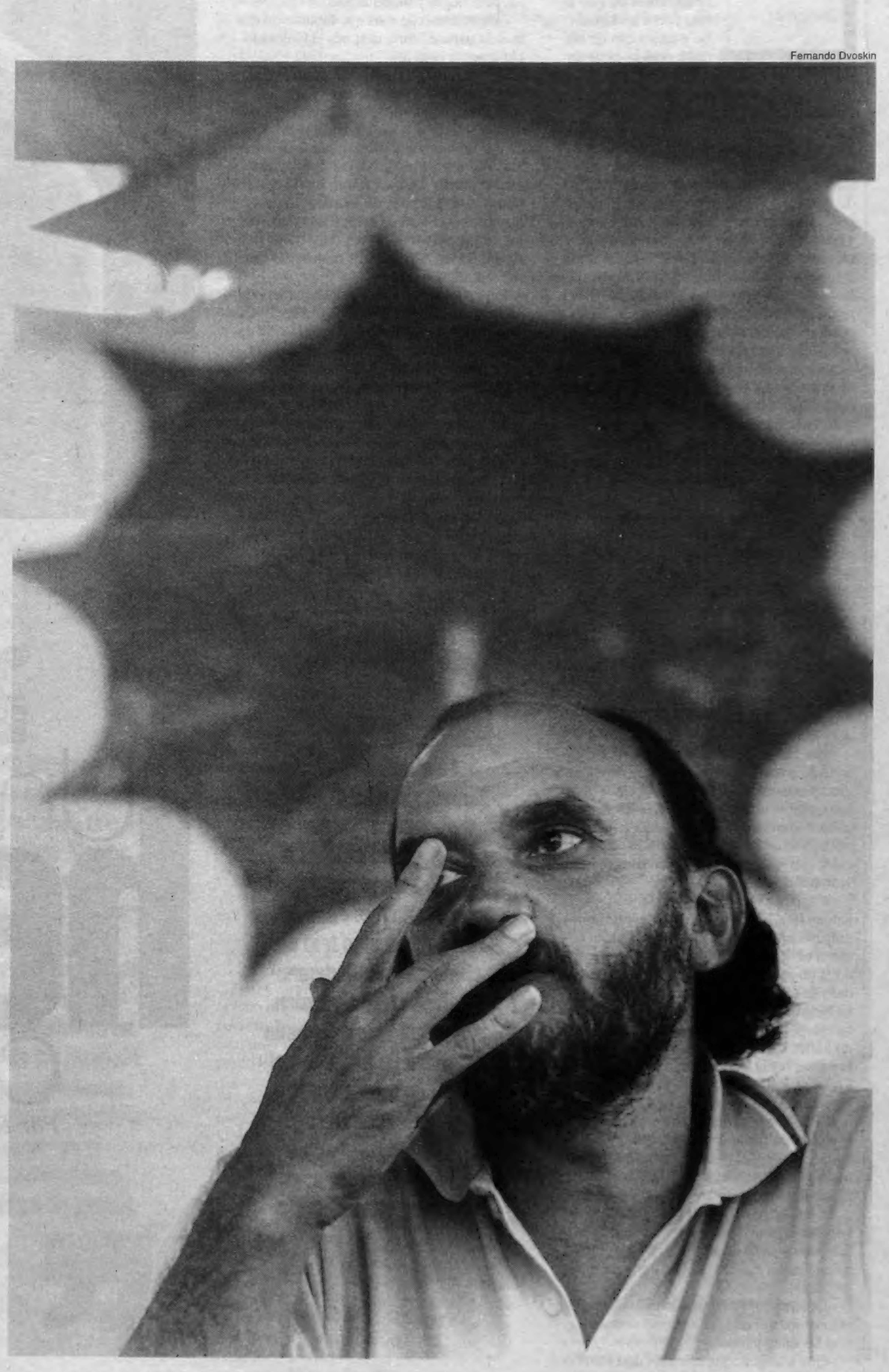
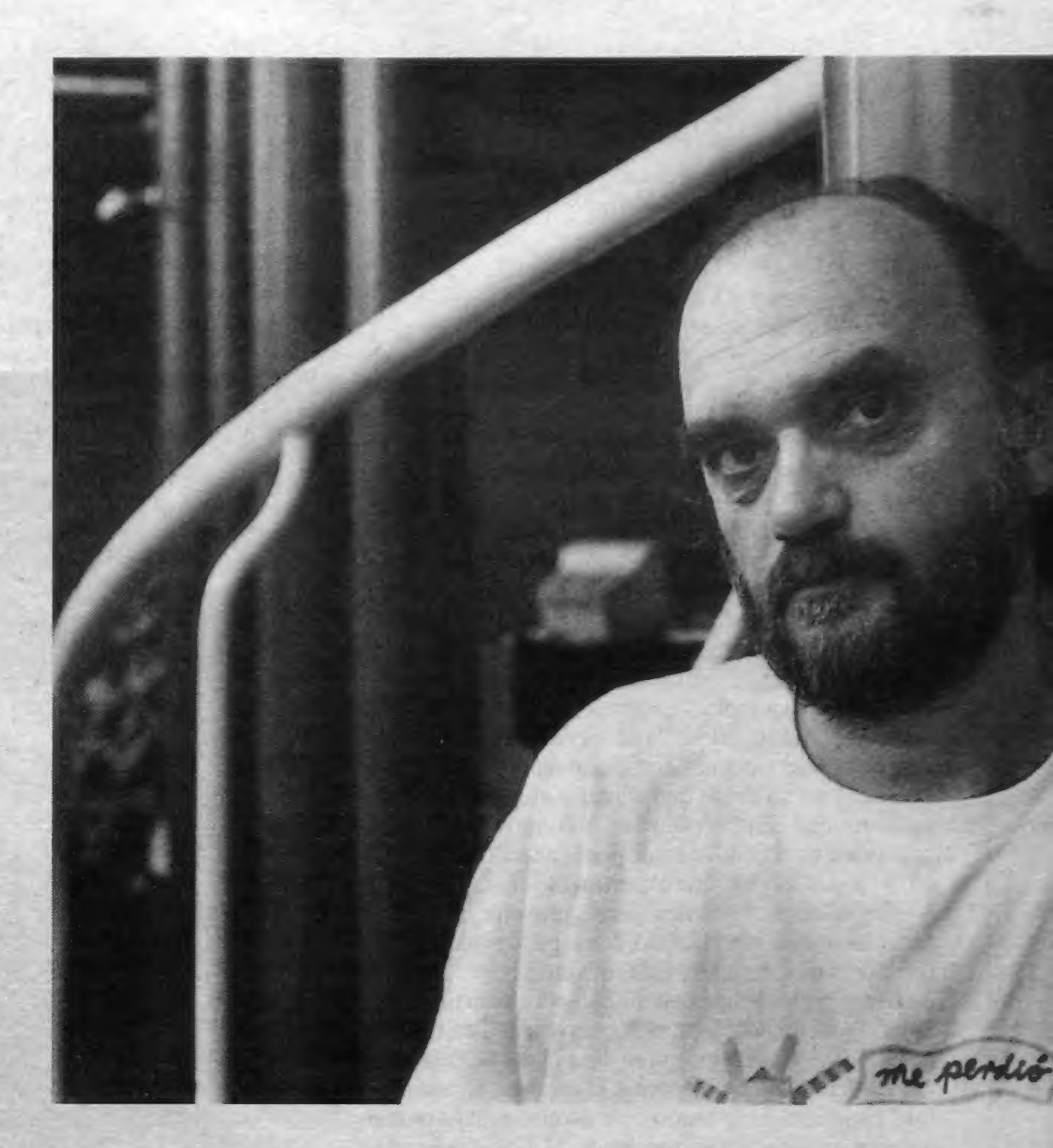
Por Roberto Fontanarrosa

La verdad es que nunca me gustó demasiado la ciencia ficción. Por supuesto que he leído cuentos fantásticos (dicho en el sentido de muy buenos) de Bradbury más que nada, pero dentro de una temática que arranca de situaciones realistas. Algo emparentado, por ejemplo, con *El Eternauta*, de Oesterheld, que si bien se aceleraba sobre la marcha, catapultándose hacia una historia de neta ciencia ficción, arranca de una reunión de amigos jugando al truco en un chalet de Vicente López. En cambio, las historias que comienzan, por ejemplo: "Estamos en el año 7800, en la Galaxia de Ganímedes..." me suenan como muy ajenas, demasiado lejanas, como que no me involucran. Lo sentía así ya desde que aquellas viejas lecturas de las historietas de Flash Gordon, o Tommy Futuro, con más interés por el dibujo que por la anécdota. Es lógico, de todos modos, que experimente cierta atracción por los marcianos quienes, pese a provenir de un planeta claramente identificado, han legado el patronímico "marciano" a cuanto enanito verde o ser alienígeno se nos presente un buen día bajando de un plato volador. Provengan de Urano, Venus o de la Tercera Luna de Epsylon, serán siempre "marcianos" de la misma manera que para nosotros los árabes, los sirios y los libaneses fueron "turcos". Y admito que me ponen un poco nervioso estos marcianos. Me fastidian, digamos. Se supone que a través de la historia han aparecido miles de veces, ayudando a construir el Machu Picchu, colaborando en el diseño de las Pirámides, arruinando la planicie de Nasca con sus ridículos dibujos. Pero siempre a escondidas, siempre furtivos, siempre evasivos. Hay gente que afirma haberlos visto, haber estado con ellos, haber estudiado sus naves espaciales. Pero siempre es gente poco confiable. Amigos algo fantasiosos o dados a la bebida, señoritas desde siempre alucinadas por experiencias extrasensoriales y por la energía de los promontorios rocosos. Nunca un tipo serio y pragmático como Bill Clinton o Carlos Bilardo anunciando: "Acabo de estar con mi amigo Zptog, de Orión..." para refrendar al mundo la existencia de estos extraterrestres. Nunca los marcianos sobre el Obelisco o sobre la Torre Eiffel, o reporteados por Larry King o en el programa de Tinelli. Quise disculparlos pensando que no eran ni agresivos, ni verdes, ni muy evolucionados: eran, simplemente, tímidos, como los cervatillos que moran en el bosque. Pero una amiga me hizo ver la verdad, redoblando la apuesta: "Son histéricos", me dijo. Se la pasan haciendo la histeria con eso de aparecer o no aparecer, contactarse o no contactarse, bajar a no bajar, mírame y no me toques. Por eso elegí un cuento mío que nos aproxima al tema, arrancando de un hecho real y autobiográfico. Es cierto lo del viaje a Santa Fe a ver a Rosario Central, debe ser cierto también el resultado final adverso, es cierto el marcado interés que tenía Pepe por conseguir un once, es cierto lo de la parrillita a mitad del camino. El resto se me confunde en una nebulosa. No sé cuándo el relato deja de ser verídico y se zambulle irresponsablemente en la ficción. Cuándo mi memoria me traiciona y comienza a ser suplantada con la fantasía. Algunos de los que vivieron conmigo la experiencia aún viven. Ramón sigue en Rosario. El Colorado también, pero su lucidez mental, hoy por hoy, no acredita un testimonio demasiado veraz. Pepe vive en México, en proximidades de las ruinas de Uxmal, en la península de Yucatán, y asegura que la energía que ocultan esas construcciones mayas le ha hecho comprender, con claridad meridiana, que su verdadero nombre no es Pepe sino Nmeg. ■


Fernando Dvoskin

ROBERTO Fontanarrosa



Un hecho curioso

Por Roberto Fontanarrosa

El Colorado había sugerido comer en Santa Fe pero no le habían dado bola. Los demás dijeron que tenían que aprovechar a rajar cuanto antes, antes de que la ruta fuera un kilombo y que a eso de las doce podían estar en Rosario y comer allí. Después de todo, por la autopista, en dos horas estaban de vuelta. La noche, además, era muy linda e incluso, tiempo después todos recordaban que Pepe, ya en el auto, había dicho que era perfecta para que apareciera algún plato volador. También se acordaban de que Pepe, hasta ese momento silencioso y pensativo en el asiento de atrás, había agregado, como preguntándose a sí mismo: "¿Tendrán un once?". Habían ido a cancha de Unión a ver a Central contra los tatengues y se había perdido dos a cero dando lástima. Y la carencia de un puntero izquierdo lo tenía mal al Pepe.

Lo cierto es que se largaron a la ruta sin siquiera tomar un liso en Santa Fe, tratando de primerear al resto de la sufrida hinchada que se había llegado hasta la ciudad capital para ver esa cagada de partido.

Encontraron la autopista despejada y, muy de vez en cuando, pasaba algún auto con alguna bandera arriba, cruzada sobre el techo, agarrados los extremos con las ventanillas traseras.

–Por qué no te metés la bandera en el orto –alcanzó a decir Ramón poco antes de que el Colorado propusiera parar en cualquier parte para comer algo.

–Un sandwich, aunque sea –agregó. Pero alguien tiró la posibilidad de una tira, un cacho de vacío y los cuatro comenzaron a escudriñar el camino en busca de una parrillita. Se habían avivado tarde de que tenían hambre y ya habían dejado atrás las parrillas de la salida de Santo Tomé. La mufa del partido, por otro lado, había aflojado.

–Por acá no hay un choto –dijo Pepe. Pero se equivocaba. A poco tiempo de andar vieron una estación de servicio, chica y, al lado, casi oculta entre unos árboles, una parrilla iluminada. Pararon el auto, bajaron, y cuando se estaban acercando a la edificación, vieron cómo un tipo cerraba la puerta vidriada desde adentro.

–Cagamos –dijo el Colorado. Pero ya habían llegado junto a la puerta y Ramón golpeó con los nudillos sobre el vidrio, como si el tipo de adentro no los viera cuando, a no ser por la puerta en sí, estaba separado de ellos por unos quince centímetros. El Negro, al mismo tiempo, le hacía la seña basquebolística de pedir minuto, con el dedo índice de la mano derecha apoyado en la palma hacia abajo de la mano izquierda. En tanto el hombre volvía a abrir; adentro, un adolescente que barría, dejó de hacerlo.

–¿Podremos comer algo, jefe? –preguntó el Colorado frotándose las manos.

–Sí. Sí –dijo el hombre señalándoles una mesa y yéndose hacia atrás del mostrador. El adolescente abandonó la escoba con cara de culo y se fue para la cocina. No se veía más nadie en el local, pero aún quedaban mesas sin levantar, indicio que delataba que había habido gente comiendo minutos antes.

–Es temprano después de todo –dijo Pepe, mirando el reloj en tanto se sentaba–. Son las once y media.

–Que trabajen, qué mierda –dijo Ramón.

–¿Hacemos un blanco? –propuso el Colorado, y volvieron sobre el tema del partido.

Ramón no se acuerda, hoy por hoy, a qué hora habrá caído el tipo de bigotitos, pero no les habían traído todavía las tiras cuando entró a la parrilla. Tampoco notaron nada raro, aunque, tiempo después, el Negro recordó que no habían escuchado ruido de auto o cosa así llegando a la parrilla. Tanto, que primero pensaron que era un tipo del lugar, alguno que trabajaba en la parrilla o atendía en la estación de servicio.

Era un tipo delgado, de estatura mediana, pelo negro y bigotito fino.

–Parecía uno de esos que laburan en teatros de varieté –diría después el Colorado–. Un mago o cosa así.

–Uno de esos que cuentan chistes pelotudos –aportaría el Pepe.

El hombre saludó al entrar con el "provecho" de rigor y los cuatro contestaron con monosílabos y movimientos de cabezas. El hombre se dirigió al dueño, que estaba detrás del mostrador, habló dos palabras con él; el patrón se encogió de hombros y el tipo se acercó a la mesa de los cuatro.

–Perdonen –dijo–. ¿Les molestaría que me sentara con ustedes?

Pepe, al lado de quien estaba parado, dejó de masticar y lo miró largamente. El Colorado fue más operativo, corrió la silla de la cabecera y lo invitó a sentarse.

–Che... –avisó al Negro y a Ramón– ...acá el amigo va a compartir la mesa con nosotros.

Ramón miró al recién llegado duramente; el Negro lo estudió en silencio y luego los dos siguieron charlando del partido.

–¿Toma blanco, jefe? –ofreció Pepe, acercándole un vaso.

–Bueno, bueno, un poco.

“

La charla, de ahí en más, retomó el tono futbolístico, ya que los muchachos casi no le dieron bola al comensal agregado que rumiaba un pedazo algo frío de chinchulín, calladamente. Cada tanto, alguien le ofrecía vino o le ponía un trozo de asado en el plato, lo que generaba un intercambio de 'permiso', 'gracias', 'no hay de qué' breves y circunstanciales.



De *Nada del otro mundo*. Se reproduce aquí



Un hecho curioso

Por Roberto Fontanarrosa



Adriana Lestido

El Colorado había sugerido comer en Santa Fe pero no le habían dado bola. Los demás dijeron que tenían que aprovechar a rajar cuanto antes, antes de que la ruta fuera un kilombo y que a eso de las doce podían estar en Rosario y comer allí. Después de todo, por la autopista, en dos horas estaban de vuelta. La noche, además, era muy linda e incluso, tiempo después todos recordaban que Pepe, ya en el auto, había dicho que era perfecta para que apareciera algún plato volador. También se acordaban de que Pepe, hasta ese momento silencioso y pensativo en el asiento de atrás, había agregado, como preguntándose a sí mismo: "¿Tendrán un once?". Habían ido a cancha de Unión a ver a Central contra los tatengues y se había perdido dos a cero dando lástima. Y la carencia de un puntero izquierdo lo tenía mal al Pepe.

Lo cierto es que se largaron a la ruta sin siquiera tomar un liso en Santa Fe, tratando de primerear al resto de la sufrida hinchada que se había llegado hasta la ciudad capital para ver esa cagada de partido.

Encontraron la autopista despejada y, muy de vez en cuando, pasaba algún auto con alguna bandera arriba, cruzada sobre el techo, agarrados los extremos con las ventanillas traseras.

–Por qué no te metés la bandera en el orto –alcanzó a decir Ramón poco antes de que el Colorado propusiera parar en cualquier parte para comer algo.

–Un sandwich, aunque sea –agregó. Pero alguien tiró la posibilidad de una tira, un cacho de vacío y los cuatro comenzaron a escudriñar el camino en busca de una parrillita. Se habían avivado tarde de que tenían hambre y ya habían dejado atrás las parrillas de la salida de Santo Tomé. La mufa del partido, por otro lado, había aflojado.

–Por acá no hay un choto –dijo Pepe. Pero se equivocaba. A poco tiempo de andar vieron una estación de servicio, chica y, al lado, casi oculta entre unos árboles, una parrilla iluminada. Pararon el auto, bajaron, y cuando se estaban acercando a la edificación, vieron cómo un tipo cerraba la puerta vidriada desde adentro.

–Cagamos –dijo el Colorado. Pero ya habían llegado junto a la puerta y Ramón golpeó con los nudillos sobre el vidrio, como si el tipo de adentro no los viera cuando, a no ser por la puerta en sí, estaba separado de ellos por unos quince centímetros. El Negro, al mismo tiempo, le hacía la seña basquebolística de pedir minuto, con el dedo índice de la mano derecha apoyado en la palma hacia abajo de la mano izquierda. En tanto el hombre volvía a abrir; adentro, un adolescente que barría, dejó de hacerlo.

–¿Podremos comer algo, jefe? –preguntó el Colorado frotándose las manos.

–Sí. Sí –dijo el hombre señalándoles una mesa y yéndose hacia atrás del mostrador. El adolescente abandonó la escoba con cara de culo y se fue para la cocina. No se veía más nadie en el local, pero aún quedaban mesas sin levantar, indicio que delataba que había habido gente comiendo minutos antes.

–Es temprano después de todo –dijo Pepe, mirando el reloj en tanto se sentaba–. Son las once y media.

–Que trabajen, qué mierda –dijo Ramón.

–¿Hacemos un blanco? –propuso el Colorado, y volvieron sobre el tema del partido.

Ramón no se acuerda, hoy por hoy, a qué hora habrá caído el tipo de bigotitos, pero no les habían traído todavía las tiras cuando entró a la parrilla. Tampoco notaron nada raro, aunque, tiempo después, el Negro recordó que no habían escuchado ruido de auto o cosa así llegando a la parrilla. Tanto, que primero pensaron que era un tipo del lugar, alguno que trabajaba en la parrilla o atendía en la estación de servicio.

Era un tipo delgado, de estatura mediana, pelo negro y bigotito fino.

–Parecía uno de esos que laburan en teatros de varieté –diría después el Colorado–. Un mago o cosa así.

–Uno de esos que cuentan chistes pelotudos –aportaría el Pepe.

El hombre saludó al entrar con el "provecho" de rigor y los cuatro contestaron con monosílabos y movimientos de cabezas. El hombre se dirigió al dueño, que estaba detrás del mostrador, habló dos palabras con él; el patrón se encogió de hombros y el tipo se acercó a la mesa de los cuatro.

–Perdonen –dijo–. ¿Les molestaría que me sentara con ustedes?

Pepe, al lado de quien estaba parado, dejó de masticar y lo miró largamente. El Colorado fue más operativo, corrió la silla de la cabecera y lo invitó a sentarse.

–Che... –avisó al Negro y a Ramón– ...acá el amigo va a compartir la mesa con nosotros.

Ramón miró al recién llegado duramente; el Negro lo estudió en silencio y luego los dos siguieron charlando del partido.

–¿Toma blanco, jefe? –ofreció Pepe, acercándole un vaso.

–Bueno, bueno, un poco.

–¿Viene del partido? –consultó el Colorado. El hombre lo miró con extrañeza.

–¿Qué partido?

–Ah... no. No –se excusó el Colorado–. Creí que venía del partido.

–No.

–¿No le gusta el fútbol? –inquirió Pepe.

–¿El fútbol? –preguntó el hombre, inquieto. Y daba la sensación de que era la primera vez en su vida que escuchaba esa palabra. Ramón y el Negro también lo miraron.

–¿Usted es de por acá? –ahora el Colorado cambiaba el ángulo de la conversación. El hombre lo miró con particular interés.

–No –dijo–. No –y se quedó en silencio. El Negro apuró el trago que tenía en la boca y, cuando el tipo no miraba, levantó las cejas hacia Ramón como diciendo: "¿Qué le vamos a hacer?"

La charla, de ahí en más, retomó el tono futbolístico, ya que los muchachos casi no le dieron bola al comensal agregado que rumiaba un pedazo algo frío de chinchulín, calladamente. Cada tanto, alguien le ofrecía vino o le ponía un trozo de asado en el plato, lo que generaba un intercambio de "permiso", "gracias", "no hay de qué" breves y circunstanciales.

El que precipitó un poco la cosa, sin quererlo, fue el Colorado, que preguntó cuánto tiempo tendrían desde allí hasta el centro de Rosario, cuando prosiguieran el viaje. Los otros no lo escucharon o no le dieron bola, salvo el desconocido que se disculpó por no conocer la ruta.

–¿De dónde es usted? –insistió el Colorado, como una formalidad, rebañando con el pan el jugo del plato, antes de retornar a la charla futbolera.

–Soy de Sinope, una de las lunas de Júpiter, distante varios millones de años luz de este planeta.

El Colorado lo miró largamente, primero inmóvil, luego aprobando con la cabeza, la boca cerrada, la lengua quitando un residuo de lechuga de los dientes. Pepe también lo había oído.

–¿Sinope? –preguntó, serio.

–Sí –dijo el hombre–, a varios millones de años luz.

–Che, muchachos –el Colorado se volvió hacia Ramón y el Negro, incluso reclamando la atención de éste tomándolo de un brazo– acá el hombre me dice que él es de Sinope, una galaxia que está lejísimo de acá.

–Ah... ya me parecía –aprobó Ramón.

–Y... ¿Cómo es eso, señor? –adelantó la cabeza el Negro–. Porque yo no lo oí bien, perdone, estaba conversando.

–Sinope –comenzó el hombre– es un planeta frío, en la galaxia de Andrómeda, a dos millones de años luz, atravesando el mar de meteoritos junto a los satélites gemelos, Elara y Ganímedes.

–¿Como saliendo hacia dónde? –preguntó el Colorado. El otro pareció no entenderlo.

–¿No tendrán un once? –preguntó Pepe. El otro lo miró muy serio.

–Un once –repitió Ramón. El hombre frunció el ceño.

–¿Y usted viaja, digamos, va y viene? –preguntó el Negro. El hombre pensó un poco.

–Con la nave Lysitea, en dos millones de años, estamos acá.

–¿No te decía yo? –se dirigió el Colorado al Negro–. No es tan lejos.

–Usted sabe que yo lo miraba y me decía... "este hombre no es de acá" ... no sé ¿vio?... hay como... –el Negro contemplaba al tipo frunciendo la cara.

–Mi nombre es Namur –se presentó el desconocido–. Y soy hijo de Knar, el rey de Gdeon. Yo soy el príncipe Namur. Pero desde hace medio siglo, Merak, el perverso rey del planeta Mkor, se ha apoderado de nuestro pobre planeta y nos somete a una impiadosa tiranía.

–Permiso –se levantó Ramón–, voy a mear.

Ramón fue al baño. Casi detrás de él entró Pepe.

–Pobre, qué loco está –dijo Pepe. Ramón se rió.

–¿Cómo vas a pensar –dijo, en tanto meaba– que en un boliche, en medio de la ruta, te vas a encontrar con un coso como éste?

–Hijo de puta –se rió Pepe. Ramón, mientras se cerraba la bragueta, se rajó un pedo de los fuertes.

–A ver si todavía le tenemos que garpar el asado –dijo.

–¿Tendrá guita nuestra?

Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Namur estaba contando que el perverso rey Merak, del planeta Mkor, había intentado atraparlo, que incluso sus naves habían intercambiado andanadas de rayos desintegradores en el mar de los meteoritos, pero que había logrado desorientarlo al entrar en el fluctuante campo magnético de Plutón. El Colorado le decía que él había pasado una vez por esa zona y que era muy jodida, que le había cagado dos amortiguadores.

–La importancia del pensamiento es vital para incidir sobre las descargas enemigas de rayos desintegradores –informó Namur, tocándose el entrecejo con la punta de los dedos.

–Ni qué decir –se encogió de hombros Pepe estirándose para pinchar un último trozo de tira.

–¿Cómo es eso, jefe, cómo es eso?

–La levedad de la materia enfrentada con la energía –aclaró Namur–. Por ejemplo... –buscó con la mirada– ese adorno... –señaló con su mano delgada un poster colgado en la pared, la foto de un perro peludo, plana en la base de la foto, con un relieve realista y repulsivo en la parte de la cabeza del perro.

–Sí... –dijeron todos, mirando. Namur contempló el poster fijamente durante un par de minutos. Luego el poster pareció desprenderse de la pared, se separó de ella unos cinco centímetros y cayó al suelo. Los cuatro se miraron haciendo gestos de aprobación con la cabeza.

–¿Cómo se llamaba el alemán que hacía eso? ¿Uri Geller? –preguntó el Colorado.

–Tiene un nombre eso.

–¿Un nombre? –preguntó el hombre.

–Sí. Ese fenómeno. ¿Telequinesis, no es?

–A ver si nos cobran el cuadro, todavía –se quejó el Negro.

–¿Y usted no ha probado a ver un oculista? –el Colorado volvió a la carga.

–No dispongo de tiempo para nada. El perverso rey Merak puede caer sobre mí en cualquier momento. Es por eso que quería pedirles algo...

Los cuatro lo observaron con atención. El hombre estaba algo inclinado hacia adelante, estudiándolos. Se mantuvo así en tanto el patrón, saliendo de la cocina, se inclinaba sobre el mostrador preguntándose cómo carajo se había caído el poster del perro peludo de la pared. Namur no dijo nada hasta que el patrón se volvió hacia la cocina con un gesto de escepticismo.

–Estamos haciendo una colecta... –explicó Namur– ...juntando fondos para combatir contra el perverso rey Merak. No es mucho lo que les pido. Lo que ustedes puedan, muchachos, queda en la voluntad de ustedes, no se hagan problemas...

Se hizo un silencio prolongado. Todos miraban a Namur. Ramón se empezó a reír.

–Flaco... –comenzó–. ¿A vos te parece... –pero no pudo continuar. A través de los vidrios del quincho se vio una luz enceguecedora. Todos se volvieron a mirar hacia afuera. Se oyó un zumbido, una trepidación que sacudió levemente los vasos y los cubiertos pero que de inmediato cesó y, fuera de la parrilla, volvió la oscuridad.

–Flaco... –retomó Ramón– ...¿A vos te parece que...

Fue cuando se abrió la puerta y apareció una figura desmañada, verdosa y fosforescente. Una especie de humanoide, de baja estatura y ojos saltones.

–¡Namur! –llamó–. Namur... ¿Qué pasa?

Namur se volvió hacia él.

–Ya voy, Pxer... –dijo–. Es que acá, los señores... bueno, están pensando... La figura se acercó a la mesa, con su especie de cabeza romboidal hizo un gesto que parecía un saludo.

–Acérquese, jefe –solicitó Pepe–. Colo, acercále una silla.

–¿Es amigo suyo? –preguntó el Negro.

–Pxer... ¿Vas a comer algo? –Namur parecía más seguro y reconfortado de estar con alguien conocido. El humanoide dudó, pasándose una extremidad de tres dedos sobre lo que podía ser el cogote.

–Métale, che... –el Colorado le acercó la fuente– ...el chinchulín debe estar caliente todavía.

El patrón se había asomado nuevamente al escuchar el chirrido de la puerta.

–Jefe –llamó Pepe–, tráigale un cubierto al amigo.

–No tenemos mucho tiempo –repitió Namur.

–Tío... –Ramón estaba escrutando a Pxer–. ¿Qué crema usa para la cara?

–¿Con qué se da?

–¿Es algún bronceador? ¿Algún vasodilatador?

El Colorado esgrimió un cuchillo hacia Ramón.

–El "Barrocutina" –explicó– ...hay lugares donde no llega. No se reparte. Pxer consumía los restos de la achura y era extraño ver desaparecer la tripa en el cuerpo fosforescente.

–¿Es de tomar mucho sol su amigo? –se dirigió Pepe a Namur. Este no llegó a contestar. Afuera hubo otro destello enceguecedor que se apagó tan sorpresivamente como se había iniciado. Namur tuvo un gesto de inquietud. Pxer no lo advirtió, estaba requiriendo con gesto confuso pero entendible que le escanciaran un culito del blanco que aún quedaba.

–Lo que no hay es hielo... –se disculpaba en ese momento Ramón, revolviendo con las pinzas inútiles el baldecito. Fue cuando se abrió la puerta y penetraron tres figuras oscuras, altas y poco tranquilizadoras.

Apenas localizaron a Namur y Pxer les apuntaron con unas armas brillantes como piedras preciosas. Hubo un par de destellos sin sonido, los cuerpos de los eventuales amigos de Pepe, el Colorado, Ramón y el Negro se vieron orlados por un aura tornasolada y luego se consumieron en el aire como papeles chamuscados. De Namur quedó, sobre la silla que había ocupado, una ceniza tibia y amontonada. De Pxer, una viruta retorcida y de color malva, también sobre la silla. Los tres ejecutores echaron una mirada rápida al lugar, saludaron con un vaivén de lo que se suponía eran sus cabezas, cerraron la puerta y se marcharon. Pronto se volvió a ver la luz intensa y se escuchó un zumbido que se alejó hasta perderse.

El Colorado, con el tenedor, pescaba en la ensaladera los últimos vestigios de cebolla.

–Los versos que inventan para sacarte guita –dijo el Negro.

–El petiso ni abrió la boca.

–Le daba a la molleja como desesperado.

–Andá a saber... –dijo el Negro.

Pagaron, no era mucho, y volvieron al auto. Habrán llegado a Rosario a eso de las dos de la mañana, no más, y ya casi se les había pasado la mufa de la derrota. ■

> La charla, de ahí en más, retomó el tono futbolístico, ya que los muchachos casi no le dieron bola al comensal agregado que rumiaba un pedazo algo frío de chinchulín, calladamente. Cada tanto, alguien le ofrecía vino o le ponía un trozo de asado en el plato, lo que generaba un intercambio de 'permiso', 'gracias', 'no hay de qué' breves y circunstanciales.





> Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Namur estaba contando que el perverso rey Merak, del planeta Mkor, había intentado atraparlo, que incluso sus naves habían intercambiado andanadas de rayos desintegradores en el mar de los meteoritos, pero que había logrado desorientarlo al entrar en el fluctuante campo magnético de Plutón.



De *Nada del otro mundo*. Se reproduce aquí por gentileza de Ediciones de La Flor.

Adriana Lestido



–¿Viene del partido? –consultó el Colo-
ado. El hombre lo miró con extrañeza.
–¿Qué partido?
–Ah... no. No –se excusó el Colorado–.
Creí que venía del partido.
–No.
–¿No le gusta el fútbol? –inquirió Pepe.
–¿El fútbol? –preguntó el hombre, in-
quieto. Y daba la sensación de que era la
primera vez en su vida que escuchaba esa
palabra. Ramón y el Negro también lo mi-
aron.
–¿Usted es de por acá? –ahora el Colora-
lo cambiaba el ángulo de la conversación.
El hombre lo miró con particular interés.
–No –dijo–. No –y se quedó en silencio.
El Negro apuró el trago que tenía en la bo-
ca y, cuando el tipo no miraba, levantó las
cejas hacia Ramón como diciendo: "¿Qué
e vamos a hacer?"
La charla, de ahí en más, retomó el tono
futbolístico, ya que los muchachos casi no
e dieron bola al comensal agregado que
umiaba un pedazo algo frío de chinchu-
ín, calladamente. Cada tanto, alguien le
ofrecía vino o le ponía un trozo de asado
en el plato, lo que generaba un intercam-
pio de "permiso", "gracias", "no hay de
qué" breves y circunstanciales.
El que precipitó un poco la cosa, sin que-
erlo, fue el Colorado, que preguntó cuánto
iempo tendrían desde allí hasta el centro
le Rosario, cuando prosiguieran el viaje.
Los otros no lo escucharon o no le dieron
bola, salvo el desconocido que se disculpó
por no conocer la ruta.
–¿De dónde es usted? –insistió el Colo-
ado, como una formalidad, rebañando con
l pan el jugo del plato, antes de retornar a
a charla futbolera.
–Soy de Sinope, una de las lunas de Jú-
iter, distante varios millones de años luz
e este planeta.
El Colorado lo miró largamente, primero
nmóvil, luego aprobando con la cabeza, la
oca cerrada, la lengua quitando un residuo
e lechuga de los dientes. Pepe también lo
abía oído.
–¿Sinope? –preguntó, serio.
–Sí –dijo el hombre–, a varios millones
e años luz.
–Che, muchachos –el Colorado se volvió
acia Ramón y el Negro, incluso reclaman-do la atención de éste tomándolo de un brazo– acá el hombre me dice que él es de Sinope, una galaxia que está lejísimo de acá.

–Ah... ya me parecía –aprobó Ramón.

–Y... ¿Cómo es eso, señor? –adelantó la cabeza el Negro–. Porque yo no lo oí bien, perdone, estaba conversando.

–Sinope –comenzó el hombre– es un planeta frío, en la galaxia de Andrómeda, a dos millones de años luz, atravesando el mar de meteoritos junto a los satélites gemelos, Elara y Ganímedes.

–¿Como saliendo hacia dónde? –preguntó el Colorado. El otro pareció no entenderlo.

–¿No tendrán un once? –preguntó Pepe. El otro lo miró muy serio.

–Un once –repitió Ramón. El hombre frunció el ceño.

–¿Y usted viaja, digamos, va y viene? –preguntó el Negro. El hombre pensó un poco.

–Con la nave Lysitea, en dos millones de años, estamos acá.

–¿No te decía yo? –se dirigió el Colorado al Negro–. No es tan lejos.

–Usted sabe que yo lo miraba y me decía... "este hombre no es de acá" ... no sé ¿vio?... hay como... –el Negro contemplaba al tipo frunciendo la cara.

–Mi nombre es Namur –se presentó el desconocido–. Y soy hijo de Knar, el rey de Gdeon. Yo soy el príncipe Namur. Pero desde hace medio siglo, Merak, el perverso rey del planeta Mkor, se ha apoderado de nuestro pobre planeta y nos somete a una impiadosa tiranía.



Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Namur estaba contando que el perverso rey Merak, del planeta Mkor, había intentado atraparlo, que incluso sus naves habían intercambiado andanadas de rayos desintegradores en el mar de los meteoritos, pero que había logrado desorientarlo al entrar en el fluctuante campo magnético de Plutón.



–Permiso –se levantó Ramón–, voy a mear.

Ramón fue al baño. Casi detrás de él entró Pepe.

–Pobre, qué loco está –dijo Pepe. Ramón se rió.

–¿Cómo vas a pensar –dijo, en tanto meaba– que en un boliche, en medio de la ruta, te vas a encontrar con un coso como éste?

–Hijo de puta –se rió Pepe. Ramón, mientras se cerraba la bragueta, se rajó un pedo de los fuertes.

–A ver si todavía le tenemos que garpar el asado –dijo.

–¿Tendrá guita nuestra?

Cuando llegaron de nuevo a la mesa, Namur estaba contando que el perverso rey Merak, del planeta Mkor, había intentado atraparlo, que incluso sus naves habían intercambiado andanadas de rayos desintegradores en el mar de los meteoritos, pero que había logrado desorientarlo al entrar en el fluctuante campo magnético de Plutón. El Colorado le decía que él había pasado una vez por esa zona y que era muy jodida, que le había cagado dos amortiguadores.

–La importancia del pensamiento es vital para incidir sobre las descargas enemigas de rayos desintegradores –informó Namur, tocándose el entrecejo con la punta de los dedos.

–Ni qué decir –se encogió de hombros Pepe estirándose para pinchar un último trozo de tira.

–¿Cómo es eso, jefe, cómo es eso?

–La levedad de la materia enfrentada con la energía –aclaró Namur–. Por ejemplo... –buscó con la mirada– ese adorno... –señaló con su mano delgada un poster colgado en la pared, la foto de un perro peludo, plana en la base de la foto, con un relieve realista y repulsivo en la parte de la cabeza del perro.

–Sí... –dijeron todos, mirando. Namur contempló el poster fijamente durante un par de minutos. Luego el poster pareció desprenderse de la pared, se separó de ella unos cinco centímetros y cayó al suelo. Los cuatro se miraron haciendo gestos de aprobación con la cabeza.

–¿Cómo se llamaba el alemán que hacía eso? ¿Uri Geller? –preguntó el Colorado.

–Tiene un nombre eso.

–¿Un nombre? –preguntó el hombre.

–Sí. Ese fenómeno. ¿Telequinesis, no es?

–A ver si nos cobran el cuadro, todavía –se quejó el Negro.

–¿Y usted no ha probado a ver un oculista? –el Colorado volvió a la carga.

–No dispongo de tiempo para nada. El perverso rey Merak puede caer sobre mí en cualquier momento. Es por eso que quería pedirles algo...

Los cuatro lo observaron con atención. El hombre estaba algo inclinado hacia adelante, estudiándolos. Se mantuvo así en tanto el patrón, saliendo de la cocina, se inclinaba sobre el mostrador preguntándose cómo carajo se había caído el poster del perro peludo de la pared. Namur no dijo nada hasta que el patrón se volvió hacia la cocina con un gesto de escepticismo.

–Estamos haciendo una colecta... –explicó Namur– ...juntando fondos para combatir contra el perverso rey Merak. No es mucho lo que les pido. Lo que ustedes puedan, muchachos, queda en la voluntad de ustedes, no se hagan problemas...

Se hizo un silencio prolongado. Todos miraban a Namur. Ramón se empezó a reír.

–Flaco... –comenzó–. ¿A vos te parece... –pero no pudo continuar. A través de los vidrios del quincho se vio una luz enceguecedora. Todos se volvieron a mirar hacia afuera. Se oyó un zumbido, una trepidación que sacudió levemente los vasos y los cubiertos pero que de inmediato cesó y, fuera de la parrilla, volvió la oscuridad.

–Flaco... –retomó Ramón– ...¿A vos te parece que...

Fue cuando se abrió la puerta y apareció una figura desmañada, verdosa y fosforescente. Una especie de humanoide, de baja estatura y ojos saltones.

–¡Namur! –llamó–. Namur... ¿Qué pasa? Namur se volvió hacia él.

–Ya voy, Pxer... –dijo–. Es que acá, los señores... bueno, están pensando... La figura se acercó a la mesa, con su especie de cabeza romboidal hizo un gesto que parecía un saludo.

–Acérquese, jefe –solicitó Pepe–. Colo, acercále una silla.

–¿Es amigo suyo? –preguntó el Negro.

–Pxer... ¿Vas a comer algo? –Namur parecía más seguro y reconfortado de estar con alguien conocido. El humanoide dudó, pasándose una extremidad de tres dedos sobre lo que podía ser el cogote.

–Métale, che... –el Colorado le acercó la fuente– ...el chinchulín debe estar caliente todavía.

El patrón se había asomado nuevamente al escuchar el chirrido de la puerta.

–Jefe –llamó Pepe–, tráigale un cubierto al amigo.

–No tenemos mucho tiempo –repitió Namur.

–Tío... –Ramón estaba escrutando a Pxer–. ¿Qué crema usa para la cara?

–¿Con qué se da?

–¿Es algún bronceador? ¿Algún vasodilatador?

El Colorado esgrimió un cuchillo hacia Ramón.

–El "Barrocutina" –explicó– ...hay lugares donde no llega. No se reparte. Pxer consumía los restos de la achura y era extraño ver desaparecer la tripa en el cuerpo fosforescente.

–¿Es de tomar mucho sol su amigo? –se dirigió Pepe a Namur. Este no llegó a contestar. Afuera hubo otro destello enceguecedor que se apagó tan sorpresivamente como se había iniciado. Namur tuvo un gesto de inquietud. Pxer no lo advirtió, estaba requiriendo con gesto confuso pero entendible que le escanciaran un culito del blanco que aún quedaba.

–Lo que no hay es hielo... –se disculpaba en ese momento Ramón, revolviendo con las pinzas inútiles el baldecito. Fue cuando se abrió la puerta y penetraron tres figuras oscuras, altas y poco tranquilizadoras.

Apenas localizaron a Namur y Pxer les apuntaron con unas armas brillantes como piedras preciosas. Hubo un par de destellos sin sonido, los cuerpos de los eventuales amigos de Pepe, el Colorado, Ramón y el Negro se vieron orlados por un aura tornasolada y luego se consumieron en el aire como papeles chamuscados. De Namur quedó, sobre la silla que había ocupado, una ceniza tibia y amontonada. De Pxer, una viruta retorcida y de color malva, también sobre la silla. Los tres ejecutores echaron una mirada rápida al lugar, saludaron con un vaivén de lo que se suponía eran sus cabezas, cerraron la puerta y se marcharon. Pronto se volvió a ver la luz intensa y se escuchó un zumbido que se alejó hasta perderse.

El Colorado, con el tenedor, pescaba en la ensaladera los últimos vestigios de cebolla.

–Los versos que inventan para sacarte guita –dijo el Negro.

–El petiso ni abrió la boca.

–Le daba a la molleja como desesperado.

–Andá a saber... –dijo el Negro.

Pagaron, no era mucho, y volvieron al auto. Habrán llegado a Rosario a eso de las dos de la mañana, no más, y ya casi se les había pasado la mufa de la derrota. ■

entileza de Ediciones de La Flor.

VERANO BONAERENSE

TEATRO AUDITORIUM - Programación

ENERO '98

16, 17, 18, 22, 23 (22.30 hs.)
"Sardinas Ahumadas"
Con Victoria Carreras y María Marchi
De Jean-Claude Danaud. Versión y dirección: Kado Kostzer.
Es la caricatura de cierta burguesía, un catálogo de los prejuicios y temores de los recién llegados a la gran ciudad. Dos mujeres se encuentran del otro lado del muro de una mansión. Concepción es una mujer que vive en la calle; Remedios es una sirvienta paraguaya que al encontrarse entablarán una fuerte amistad y entre las dos tratarán de modificar sus situaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

16, 17, 18, 21, 22, 23 (20.30 hs.)
"Qué difícil es decir adiós"
De Jorge Núñez. Elenco: María Concepción César, Alfonso De Grazia, Marcos Zucker. Dir. Alberto Cattan.
El amor, signo o símbolo irreemplazable de cualquier etapa de la vida, es un disparador no sólo de los sentimientos sino también de las conductas; nos hace sentir eufóricos, nos destruye, nos hace traicionar, nos redime, nos induce a hacer tonterías o grandezas.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

19 (21.30 hs.)
"Alegría, duende... y olé". Los Malagueños.
Toda la gama de la danza española, desde la escuela bolera hasta el flamenco.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

19 (23 hs.)
"Piazzolla, una pasión".
Grupo Vocal TEV
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

19, 20 (19.30 hs.)
"Patas Cortas". Grupo Teatrantes
Elenco: Mónica Arrech, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leo Rizzi. Espectáculo infantil donde se destacan los trucos de magia, el humor y una particular historia de humor. Los protagonistas son: el león Patas Cortas, el detective privado Escondetequeteencuentro y la Maga, dueña de un circo vecino.
SALA GREGORIO NACHMAN

19, 20 (21.00 hs.)
"Ni alas, ni raíces"
Agrupación teatral ¿Qué perdemos? Libro y dirección: Julio Lascano
En tono de comedia, la pieza aborda el tema de la libertad en sus diversas manifestaciones.
SALA GREGORIO NACHMAN

19, 20 (23.00 hs.)
"Al sur del canto"
Suma Paz, Alfredo "Indio" Urquiza, Jorge Víctor Andrada y la pareja de baile Juan Carlos Luna.
Espectáculo de canto, danza y poesía que permite disfrutar de las composiciones de Atahualpa Yupanqui, Martínez Paiva, Ñusta de Piorno, Alfredo Zitarrosa, José Hernández, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

20, 21 (23 hs.)
"Artistas de patio"
Luisa Calcumil y el Grupo de Teatro La Cuadrilla
Refleja la ternura, el realismo mágico de las zonas del sur, el modo en que distintos personajes venidos de lugares disímiles, cada uno con su historia, va encontrando un lugar para trabajar y vivir, como así también amores y odios.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

20 (22 hs.)
"La nave entre-abierta" (Danza itinerante)
Grupo DANZARES, con la participación especial del actor Carlos Juárez.
El grupo Danzares se introduce en un canal de búsquedas abiertas, donde fluyen sensaciones cotidianas. La resistencia al tiempo, relaciones atemporales, encuentros y desencuentros mientras se transita por un mundo que se mueve a velocidad vertiginosa.
ESPACIO NAVE

21 (21 hs.)
"Con el alma". Canciones de amor y agua
De Néstor Zapata y Osvaldo Buzzo
Música y poesía a cargo de Enrique Llopis, Carlos Schwaderer y elenco.
SALA GREGORIO NACHMAN

21 (21 hs.)
"Rosas rojas para dos damas tristes"
De Susana Hubeid. Con Esther Borda, Marta Rigau y Aníbal Arraez.
Dirección: Horacio Montanelli.
La monótona existencia de dos mujeres solteras, Delmira y Agustina, que se sobreponen a una vida gris sin perspectivas, limitadas por la soledad, el desamor, y por ese microcosmos en el que están inmersas..., hasta que aparece Homolka, un mecánico simple, primitivo y oportunista. Las situaciones hacen aflorar la naturaleza de los tres personajes con humor y sutilezas.
SALA GREGORIO NACHMAN

21, 22 (24 hs.)
Cine Arte Auditorium
SALA ASTOR PIAZZOLLA

16, 17, 18, 22, 23 (20.30 hs.)
"Luisa Fernanda"
Zarzuela de Moreno Torroba. Con Vicente Lo Piano, Rubén Torres y gran elenco.
TEATRO ROBERTO J. PAYRO

16, 23 (21 hs.)
"Desnuda de terciopelo"
Unipersonal de Mónica Alfonso. Dirección: Chiqui González
Terciopelo, tul, lycra y seda son las texturas que van tejiendo un mundo propio para representar los sueños, la pubertad y el matrimonio, la seducción y la siempre feroz función de la memoria. Basado en textos de Luis de Góngora, Chico Buarque, Eduardo Galeano, Marguerite Durás, Javier Villafañe, entre otros.
SALA GREGORIO NACHMAN

19, 20 (0.30 hs.)
"De los innumerables desencuentros de dos suicidas en una cornisa"
Con María Asunción Bellido y Eduardo Alías. Dirección: Marcelo Marán
Dos suicidas, o al menos ellos piensan eso, suben a respirar por última vez el aire viciado de un mundo que los ha dejado al margen, sin proyectos. Los personajes, entre humor y tragedia, juegan patéticamente a sostenerse en los márgenes de una cornisa sabiendo que lo de ellos es vocación por el vacío.
SALA GREGORIO NACHMAN

18, 21, 22 (21.30 hs.)
"Esperando a Godot"
De Samuel Beckett. Con Patricio Contreras, Perla Santalla, Mario Pasik y elenco. Dirección: Leonor Manso.
Desde su estreno en París en 1953, la obra de Samuel Beckett no ha dejado de representarse en todo el mundo. La incertidumbre, la inquietud, el juego, la religión, la autoridad y las relaciones humanas se ponen de manifiesto en esta genial obra que abre un antes y un después en la historia universal del teatro.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

11 febrero (20.30 hs.)
"Dos hombres y una guitarra: sones y decires"
Alberto Chahín y Oscar Valverde
Los sones serán en guitarra criolla, acústica y amplificada, con obras de Bach, Paganini y Piazzolla, entre otros; los decires con textos y poesías de Borges, Galeano, Benedetti, Storni y Pablo Neruda.
SALA GREGORIO NACHMAN

22, 23 (19.30 hs.)
"Viento en Popa" Grupo TEATRANTES
Mónica Arrech, Alfredo Bruzzone, Víctor Iturralde, Gabriel Celaya, Cecilia Martín y Leonardo Rizzi.
Este espectáculo infantil propone una atractiva aventura que puede jugar con la imaginación a través de la acción y el suspenso. En Puerto Nuevo, lugar donde se desarrolla la obra, un grupo de pescadores, entre ellos Papadópulos, debe enfrentarse a la temible Mantaraya.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

19 (22 hs.)
"Nuevas aventuras a dos pianos"
Jorge Navarro y Baby López Furst.
Dos eximios pianistas deciden unir sus talentos amalgamando dos estilos y dos sentimientos para hacerlos coincidir en una misma vena creativa, volando al más alto nivel de jazz del mundo a través de Gershwin, Cole Porter, Duke Ellington, Chick Corea, Thelonius Monk, entre otros.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

20 y 27 (21.30 hs.)
Horacio Salgán / Ubaldo de Lío junto a Gabriela Torres
SALA ASTOR PIAZZOLLA

FEBRERO '98

LOS CHALCHALEROS
"Memoria de un tiempo vivo"
Festejándose el 49 aniversario de los Chalchaleros, Juan Carlos Saravia, Polo Román, Francisco "Pancho" Figueroa y Facundo Saravia regresan a este escenario a pedido del público con "Memoria de un tiempo vivo" tal es el nombre de la zamba de Jaime Dávalos y Eduardo Falú que le da el título al espectáculo.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

27, 28 (19.30, 23.30 hs.
"Pablo Picasso"
Diaporama sobre el genial pintor español.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

30, 31 (22 y 21.30-23.30 hs. respectivamente)
"Vicent y los cuervos". De Pacho O'Donnell. Dirección Daniel Lambertini. Elenco: Fredy Virgolini, José Luis Britos, Caco Grassi, Erico Mavers, Carlos Issa, Rosi Alvarez, Marcela Lucero y Mercedes Muñoz.
Basada en la vida de Vicent Van Gogh en la obra, "un suicidado de la sociedad" de Antonin Artaud, nos transporta al mundo de la lucha personal del pintor. Lucha y rebelión contra lo establecido, por expresar su arte en contraposición al mundo del valor del dinero. Drama real, visceral, lleno de pasión, de sentimientos y de reflexión. Juegos de representación que nos devuelve a la esencia del verdadero arte de la expresión teatral.
SALA ASTOR PIAZZOLLA

NECOCHEA ENERO '98

"PRIMER FESTIVAL EN EL BOSQUE"
Más de 20 bandas de rock participarán del ciclo ROCK EN LA COSTA ATLANTICA.
Lugar: el Anfiteatro Miguel Lillo, en caso de lluvia en el Club Huracán (Av. 75 y 58). Entrada: 8 pesos. El público podrá obtenerlas en la oficina de Turismo de la Municipalidad de Necochea, Av. 2 y 83.

Viernes 16
Los Cafres, Molotov, Caramelo Santo, La Fabela.
Viernes 16
Visitantes, La Bersuit, Caballeros de la Quema, Poca Pilcha.
Sábado 17
Todos Tus Muertos, Lumumba, Un Kuartito, Los Pérez García.
Domingo 18
Vox Dei y Orquesta de Cuerdas.
Miécoles 21
Viejas Locas, Dulces 16.
Jueves 22
Attaque 77, El Otro Yo, Catupecu Machu.



